



San Roque de Montpellier

III Orden (O.F.S.)

16 de agosto

Santo Patrón de la Hermandad para el año 2024
Elegido en Suerte el 23 de diciembre de 2013

El 16 de agosto, la Iglesia recuerda a San Roque de Montpellier, uno de los santos más queridos de la tradición cristiana, protector de los enfermos y especialmente invocado contra las epidemias. Su vida, envuelta en sencillez y caridad heroica, nos muestra cómo la confianza en Dios y la compasión pueden transformar el sufrimiento en un camino de santidad.

San Roque nos muestra que la verdadera grandeza nace del servicio humilde. En un mundo marcado por el miedo y la fragilidad, su vida recuerda que incluso en medio de las epidemias, del rechazo o de la incomprensión, el amor no pierde su fuerza. Él vivió para consolar, sanar y acompañar; y murió confiando en Dios aun sin ver reconocida su entrega.

Infancia piadosa y corazón compasivo

Roque nació en Montpellier, en el sur de Francia, hacia el año 1295, en una familia acomodada y profundamente cristiana. Sus padres, que habían esperado largo tiempo la gracia de un hijo, lo educaron en la fe y en el amor a los pobres. Desde niño, Roque mostró una sensibilidad especial hacia quienes sufrían: se acercaba espontáneamente a los enfermos, ofrecía limosnas y pasaba largos ratos en oración.

Un rasgo notable de su personalidad, incluso desde joven, fue su capacidad de renuncia. Aunque heredero de una posición social importante, se sentía más atraído por el silencio interior, la vida sencilla y el deseo de ayudar a los demás.

Renuncia total y camino hacia los necesitados

A la muerte de sus padres, Roque, con apenas veinte años, tomó una decisión radical: distribuyó buena parte de sus bienes entre los pobres y emprendió peregrinación hacia Roma. No buscaba aventuras ni prestigio espiritual; buscaba simplemente servir a Cristo en los más necesitados.

En ese tiempo Europa estaba marcada por el avance de la peste. Roque, lejos de huir, se ofreció como voluntario en los hospitales de Italia. Allí destacó por su cercanía, su serenidad ante la muerte, su espíritu de oración y su fe inquebrantable.

Los relatos antiguos cuentan que al orar sobre los enfermos, muchos de ellos recuperaban la salud. Pero más allá de los posibles milagros, lo que realmente transformaba a quienes le rodeaban era su modo de tratar a los que sufrían: con respeto, paciencia y una ternura que devolvía dignidad hasta a los moribundos.

El santo que también conoció la enfermedad

Después de ayudar en varias ciudades de Italia, Roque contrajo la peste. Decidió retirarse para no contagiar a otros y se refugió en un bosque cercano a Piacenza. Allí, debilitado y con el cuerpo cubierto de llagas, habría muerto si la providencia no hubiera intervenido de modo sorprendente.

Según la tradición, un perro perteneciente a un noble local comenzó a llevarle pan cada día y a lamer sus heridas. Este gesto, tan humilde y silencioso, se convirtió en uno de los símbolos más



hermosos de la vida del santo: incluso en la soledad y en el dolor, Dios cuida a quienes confían en Él.

Prisión, entrega final y reconocimiento de su santidad

Tras recuperarse, Roque emprendió el camino de regreso a Francia. Pero al llegar a Montpellier —cambiado en apariencia por el sufrimiento y la enfermedad— no fue reconocido. Acusado de espionaje en tiempos de tensión política, fue encarcelado injustamente.

Lejos de rebelarse, Roque aceptó la prisión como parte del misterio de Dios en su vida. Pasó allí varios años, en silencio, oración y penitencia. Murió finalmente de forma desconocida para muchos, pero conocido íntimamente por Dios. Cuando su identidad fue descubierta después de su muerte, la ciudad entera se llenó de admiración y gratitud.

Con el tiempo, su fama de santidad se extendió rápidamente por Europa. Fue proclamado patrono contra la peste y las enfermedades contagiosas, y su figura se convirtió en un símbolo de generosidad, valentía y confianza absoluta en la providencia.

Lectura

De las Homilías de san Juan Crisóstomo, obispo, sobre el evangelio de San Juan
(Homilía 68, 2-3: **Homilías sobre el evangelio de san Juan, ID, Biblioteca patristica, Madrid 2001, pp. 92-93)**

Dios no quiere la muerte, sino la conversión del pecador

Dios no sólo no desea abandonarnos ni castigarnos, sino que, además, cuando castiga lo hace sin desearlo. Él dijo: Yo no me complazco en la muerte de nadie. Convertíos y viviréis. Cristo, incluso, llora por la destrucción de Jerusalén, algo que también nosotros hacemos en el caso de nuestros amigos.

Sabedores de todo lo cual, esforcémonos por no separarnos de Dios. Pongamos especial cuidado, por el contrario, en amarnos los unos a los otros. No desgarremos nuestros miembros, actitud propia de quienes están locos y fuera de sí, sino que, en la medida en la que observemos su propensión al mal, cuidémosles más.

Cuando vemos a muchos con enfermedades incurables en sus cuerpos, no dejamos de aplicar remedios. ¿Hay algo peor que unos pies aquejados por la enfermedad? ¿Hay algo peor que unas manos enfermas? ¿Debemos, acaso, por ello amputar estos miembros? De ninguna manera. Antes al contrario, nos esforzamos en aliviar el dolor, ya que no podemos superar la enfermedad.

Hagamos esto con nuestros hermanos y, aun en el caso de que sean enfermos incurables, continuemos cuidándolos y llevemos los unos las cargas de los otros. De este modo, daremos cumplimiento a la ley de Cristo y alcanzaremos los bienes prometidos, por la gracia y la Misericordia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración

Guarda, Señor, a tu pueblo con bondad,
y, por la intercesión de san Roque,
líbrale de todo mal del cuerpo y del espíritu.

Por nuestro Señor Jesucristo.

R./ Amén.



Hermanidad de la
PIEDAD
PALENCIA